

Alfonso Sastre

La mordaza

*(Drama en seis cuadros
y un epílogo)*

NOTA PARA ESTA EDICIÓN

ESCRIBÍ ESTA OBRA EN febrero de 1954, en unos veinte días, al año justo de haberse estrenado *Escuadra hacia la muerte*. En la edición de mis *Obras completas* (1967) de Aguilar —proyecto que se quedó reducido a un solo tomo— publiqué unas *Noticias* que precedían a cada uno de los títulos allí contenidos, como ya he recordado otras veces. En la que puse antes de *La mordaza*, recordé que en el momento en que la escribí la censura había prohibido todo lo que yo había escrito, que, por lo demás, no era más que tres obras: la ya citada *Escuadra*, *Prólogo patético* y *El pan de todos*, y cómo yo intenté hacer una protesta cauta —o sea, posibilista— contra la censura o mordaza que estábamos sufriendo, y también cómo el mensaje no fue advertido y la obra pudo estrenarse y representarse como si solo fuera un drama rural o, pienso ahora, como una tragedia *de familia*. Es entonces cuando decidí no ser tan cauto, es decir, ser menos *posibilista*, de allí en adelante.

Reproduzco ahora la nota *autocrítica* (costumbre de la época: estas notas se publican en algunos diarios,

sobre todo ABC, el día antes o el mismo día del estreno), que escribí entonces:

Este drama está vagamente fundado en los sucesos de Lurs —de los que dio noticia de prensa de todo el mundo. El autor del drama no ha tratado de informarse detalladamente sobre este asunto ni sobre la personalidad y carácter de Gastón Dominici y su familia, pues su intención no ha sido dramatizar escrupulosamente unos hechos. Lo de Lurs ha sido un simple motivo para este drama, cuyos personajes no pretenden ser un traslado de los personajes reales. Los hechos están libremente fabulados por el autor, que no pretende dar información o noticia de unos sucesos cuya investigación corresponde —o correspondió— a la Policía francesa, y concretamente al comisario M. Sabeille. La disposición y los motivos del crimen, así como la personalidad de las víctimas, pertenecen al dominio de la invención dramática. La realidad de este drama hay que buscarla por otros caminos.

Mi posición, años después, ante la eclosión del *teatro-documento*, fue muy coherente con esta declaración, cuando mostré siempre mi simpatía ante esta tendencia (y mi admiración por alguno de sus autores, como Peter Weiss), pero también mi postura a favor de que, en el teatro, la documentación fuera fabulada en un juego propio de lo que en seguida empecé a llamar *la imaginación dialéctica*.

En la edición que hizo Escélicer constó ya —aparte de la fecha del estreno en el Teatro Reina Victoria de Madrid, 17 de septiembre de 1954— el reparto de actores, que fue el siguiente: Antonia, la madre: María Gámez. Isaías Krappo, el padre: Antonio Prieto. Luisa, la mujer de Juan: María Luisa Ponte. Juan, hijo: Félix Navarro. Andrea, criada: Lolita Gómez. Jandro, hijo: Fernando Guillén. Teo, hijo: Agustín González. El forastero: Félix Briones. El comisario Roch: Rafael Bardem. Un agente; Ángel Peral.

El decorado lo hizo Manuel Mampaso, que ya había trabajado conmigo en un auto sacramental de Tirso de Molina (*El colmenero divino*), que dirigí a instancias de unas buenas amigas falangistas, a quienes recuerdo con mucha simpatía: Mavi Durán, Nieves Pinillos y María Antonia Rodulfo Boeta (acaso he olvidado algunos nombres). La dirección fue de mi querido amigo y compañero a partir de entonces de muchas fatigas, José María de Quinto.

La compañía se llamó *Nueva Compañía Dramática*: una empresa privada que fue posible por el entusiasmo de un joven autor andaluz, que seguramente perdió en aquella ocasión sus pocos ahorros, aunque el drama se representó con bastante público durante un mes. Recuerdo su nombre porque me parece de justicia: Diego Moreno.

La mordaza

Esta obra se estrenó en el teatro Reina Victoria,
en Madrid, el 17 de septiembre de 1954.

PERSONAJES

ANTONIA, la madre

ISAÍAS KRAPPO, el padre

LUIS, mujer de Juan

JUAN, hijo

ANDREA, criada

JANDRO, hijo

TEO, hijo

EL FORASTERO

EL COMISARIO ROCH

UN AGENTE

CUADRO PRIMERO

Habitación que sirve de cuarto de estar y comedor en una casa rural de grandes proporciones, de sombría y pesada arquitectura. Hay una gran lámpara encendida: una lámpara que no consigue iluminar todos los rincones de la habitación. Las ventanas están abiertas. La gran chimenea, apagada. Es una cálida noche de agosto. El viejo Isaías Krappo preside la mesa en que la familia está cenando. Antonia, Luisa, Juan y Jandro terminan de cenar silenciosamente. Isaías enciende su pipa. Antonia, que es una mujer muy vieja y semiciega, se remueve con inquietud y trata de espiar, entornando los ojos, el rostro del viejo.

ANTONIA: *(Con voz débil y temblorosa.)* No creo que ya tarde mucho. Habrá tenido algo que hacer. *(Isaías Krappo no dice nada.)* Encuentro al muchacho preocupado desde hace algún tiempo, como si tuviera disgustos por ahí. No sé qué pensar de él. *(El viejo guarda silencio.)* ¿Verdad, Isaías, que yo tengo razón? ¿No le notas tú...? Está como distraído. ¿Tú no lo has notado?

ISAÍAS: ¿Por qué no ha venido a cenar a su hora? Eso es lo que quisiera saber. Eso es lo único que me preocupa en este momento.

ANTONIA: Habrá tenido...

ISAÍAS: Calla. Me repugna que todavía trates de disculparlo. Lo que hace con nosotros no tiene perdón. Estamos aquí todos reunidos a la mesa. Es un desprecio que hace a la familia. (*Luisa murmura algo, inclinada sobre su plato.*) ¿Dices algo, Luisa?

LUISA: No... Es decir, pensaba que yo no me siento despreciada en lo más mínimo... porque Teo tarde esta noche.

ISAÍAS: No eres precisamente tú, Luisa, la más indicada para decidir cuándo se nos desprecia o no. Eso es cosa mía. Y si lo que te molesta es mi modo de ser, podías haberte evitado el fastidio de sufrirme. Bastaba con que no hubieras entrado a formar parte de esta familia que, por lo visto, te desagrada tanto.

LUISA: Yo me casé con Juan, y no tengo más familia que Juan. En mí, por si usted quiere saberlo, no manda nadie más que él.

JUAN: (*En voz baja, nervioso.*) Cállate. Cállate ya.

ISAÍAS: Si Juan fuera un hombre, no hablarías como hablas, Luisa. Están insultando a tu padre, Juan. ¿No te das cuenta? Si tú no eres capaz de sujetarla, algún día tendré que hacerlo yo.

LUISA: ¿Qué quiere decir?

JUAN: (*La coge por un brazo; entre dientes.*) ¿Te vas a callar de una vez?

LUISA: (*Se suelta.*) Estate quieto. Me haces daño.

ISAÍAS: Déjala. Está endemoniada. ¿No lo ves? Tiene cien gatos dentro del cuerpo. Es una pena que no tuvieras más ojo para elegir a tu mujer, Juan. El mundo está lleno de mujeres honestas, limpias y obedientes.

JUAN: (*Con poca voz.*) Padre.

ISAÍAS: ¿Qué quieres?

JUAN: (*Con una voz humilde.*) No digas esas cosas de Luisa. Yo estoy contento de haberme casado con ella.

ISAÍAS: No me extraña. (*Con una cierta dulzura irónica.*) Tú eres un muchacho de muy poco talento, Juan. De pequeño llegaste a preocuparnos a tu madre y a mí. Eras como un animalillo torpe. El médico nos dijo que la culpa de todo la tenían tus nervios. No tenías memoria y hablabas con dificultad... Te costaba trabajo... No sabes la tristeza que nos dio tener un hijo así, ¿verdad, Antonia? Nuestro primer hijo. Nos dio mucha tristeza.

JUAN: (*Ha bajado la cabeza.*) No deberías contar esas cosas delante de todos, padre.

ISAÍAS: ¿Por qué? Un hijo mío no tiene de qué avergonzarse. Si te hablo de esto es para que no te olvides nunca de lo que en esta casa se ha hecho por ti...;

de que a fuerza de sacrificios y de preocupaciones hemos conseguido sacarte adelante y hacer de ti un hombre del que no se ría la gente del pueblo. (*Transición.*) Es que... resulta muy doloroso ver que os olvidáis de todo lo que se ha hecho por vosotros y que os tiene sin cuidado herir a unos pobres viejos. Algunas veces pienso que hemos criado cuervos, Antonia..., que hemos criado unos seres extraños que acabarán sacándonos los ojos.

ANTONIA: Vamos, qué cosas dices. ¿Cómo puedes pensar...? Nuestros hijos son buenos. Los chicos nos quieren y harían cualquier cosa por nosotros. Si de algo estoy contenta en la vida, es de haber tenido hijos. Me encuentro a gusto entre ellos. Y cuando se van, me doy cuenta de lo sola que estoy.

ISAÍAS: Está bien, Antonia... Me gusta que sueñes... No puedes hacer otra cosa ya..., y hay que disculparte esas pequeñas debilidades... Pobre Antonia, ¿cómo has llegado a esto? Ni siquiera puedes vernos claramente... Te mueves entre sombras... No ves más que unos cuerpos que se mueven; eso es el mundo para ti..., unos cuerpos que se mueven a tu alrededor y que no eres capaz de distinguir..., que te inquietan cuando tiemblan porque no sabes lo que va a ocurrir y siempre te parece que va a ocurrir algo malo. Nos miras, tratas de mirarnos, para averiguar si estamos tristes o si ponemos mala cara...

Escuchas, y cuando oyes alguna voz fuerte, te echas a temblar... Tienes miedo. ¿De qué, Antonia? No tienes que tener miedo entre nosotros.

ANTONIA: Yo no tengo miedo, Isaías... Yo no tengo miedo. ¿Cómo voy a tener miedo si estoy con mis hijos? Solamente a veces, cuando tú te enfadas con algunos de los chicos, cuando tú te enfadas con razón, claro, yo no quisiera que te enfadaras tanto..., y me pongo nerviosa... Sí, tengo que confesártelo..., que me pongo nerviosa... No me gusta oír discutir...

ISAÍAS: Y, sin embargo, es preciso que nos oigas, Antonia, y tú misma deberías ayudarme a educar a los hijos..., si todavía sirvieras para algo... Pero no puedo contar contigo para nada... desde hace tiempo... Es un poco triste mi situación rodeado de todos vosotros, débiles y enfermos. El más viejo tiene aún que daros lecciones de fuerza y de coraje.... (*Añade, amargamente.*) Una pandilla de inservibles; eso es lo que le ha tocado en suerte al viejo Isaías Krappo para consuelo de sus últimos años... (*Sonríe irónicamente.*) Una pandilla por la que siento un gran amor, a pesar de todo... (*Vacía su pipa y se levanta. Va a la ventana.*) Hace demasiado calor esta noche. Casi no se puede respirar. (*Luisa se levanta y empieza a quitar la mesa. Andrea, la criada, ha entrado silenciosamente. Entre Luisa y Andrea recogen los cubiertos y el mantel. Isaías se acerca a Jandro, el menor*

EPÍLOGO

El mismo escenario. Es de noche. La chimenea está encendida. Están sentados a la mesa Antonia, Luisa, Teo y Jandro. Cenán en silencio.

JANDRO: No tengo hambre. No puedo comer. *(Deja la cuchara y se pasa una mano por los ojos.)*

ANTONIA: Yo tampoco. *(Un silencio.)*

TEO: Está tardando Juan.

LUISA: *(Con la mirada baja.)* Sí, ya debería estar aquí.

JANDRO: ¿Para qué lo habrán llamado? ¿Será que padre necesita algo?

TEO: Si lo que quiere es que alguno vayamos a verlo, yo no voy.

JANDRO: Yo quiero ir.

ANTONIA: Tú no irás, Jandro. Se te quedaría grabado todo en la memoria y ya no podrías olvidarlo nunca. ¿Cómo vas a verlo ahora? ¡Tenéis que recordar a vuestro padre en otros momentos de la vida! *(Está llorando.)*

TEO: Madre, no tienes que llorar por él. No se merece que tú llores. Siempre te ha tratado mal. Y tú, Luisa, no tienes que estar triste. Hiciste bien. Teníamos que haberlo hecho antes. No podíamos aguantar más.

LUISA: No debí hacerlo. Estoy arrepentida. Juan no quiere hablar conmigo. Tendré que irme de la casa.

TEO: ¿Por qué te vas a ir? Verás cómo todo se arregla. Cuando Juan se dé cuenta de cómo era realmente nuestro padre y de hasta qué punto nos despreciaba a todos... Él es tan bueno, que todavía no lo sabe. Ya lo sabrá. (*Un silencio.*)

ANTONIA: ¿Qué creéis que siento desde que se han llevado a vuestro padre? Siento que soy mala.

TEO: ¿Por qué?

ANTONIA: Porque por encima del gran dolor que debía sentir porque haya hecho cosas tan terribles y se encuentre ahora en esta situación, por encima de ese dolor que debería sentir, siento hoy una gran paz, una gran tranquilidad..., por fin... Hoy estoy tranquila entre vosotros. Hoy no tengo miedo. Hoy sé que no puede ocurrir nada malo en la casa.

TEO: Yo no siento ningún dolor. Estoy bien así. Hoy me encuentro a gusto en la casa. Voy por donde quiero y sé que nadie me busca para torturarme. Así que me alegro de que se hayan llevado al padre.

JANDRO: No deberías decir eso, Teo. Ni en broma. No deberías decir una cosa así.

TEO: Es lo que pienso.

JANDRO: Yo sé menos que vosotros de las cosas. Soy más pequeño que vosotros. Pero pienso que nuestro padre, por muchas cosas terribles que haya hecho, se merece nuestro respeto de hijos. Eso pienso yo. No podemos ahora volvernos todos contra él, ¡ahora que está vencido! Y a ti, Luisa, yo no te perdono... Yo no te perdono..., yo no puedo perdonarte que... (*Un silencio.*)

LUISA: Lo siento, Jandro.

JANDRO: No te perdonaré nunca.

LUISA: Tendría que contarte algo más de tu padre, y puede que llegaras a comprenderme; puede que llegaras a ver qué clase de hombre era vuestro padre.

JANDRO: ¿Qué vas a contar?

LUISA: No. Es demasiado sucio, y si Juan se enterara, sufriría mucho. Prefiero que él tampoco me perdone, antes que contárselo.

JANDRO: ¿Qué es?

LUISA: Nada.

JANDRO: Vamos, dilo. Ahora tienes que hablar.

LUISA: ¿De verdad quieres saberlo?

JANDRO: Sí.

LUISA: Da risa. Es una cosa que da risa.

JANDRO: Habla.

LUISA: Tu padre, Jandro, me hacía el amor... ¿No te diviertes pensándolo?

JANDRO: ¡Eso es mentira! Ahora todo cae sobre él. Ahora que no puede defenderse.

LUISA: ¡Eso es verdad! ¡Te digo que es verdad, Jandro!
(*Suena ruido en la puerta. Ha llegado Juan. Se queda en la puerta, como sin atreverse a pasar.*) ¡Juan!
(*Juan no responde.*) ¡Juan! ¿Qué ha ocurrido?

JUAN: Esto se ha terminado. ¿Lo oís? Esto se ha terminado para siempre. Ya no puede ocurrir nada. Podemos estar tranquilos. Ya ha pasado todo.

LUISA: ¿Qué quieres decir?

JUAN: No quisiera deciros nada hoy. No quisiera haber venido. Me gustaría haberme muerto en el camino. Todo antes que venir esta noche aquí.

TEO: Habla de una vez, Juan. Ya está bien. ¿Ha ocurrido algo?

JUAN: ¿Por qué queréis saberlo? Si deberíais negaros a oírme. Si deberíais tapparos los oídos. Estáis ahí todos, escuchando, y hoy no podéis oír más que una desgracia terrible.

LUISA: Pero ¿qué te pasa, Juan? ¿Qué es lo que te pasa?

JUAN: Han matado a padre. Lo han matado. A mí no me pasa nada. Han matado a padre. (*Un silencio.*)

TEO: ¿Que lo han matado?

JUAN: Sí.

TEO: ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha ocurrido para que lo mataran?

JUAN: Lo han acribillado a balazos en el patio de la prisión. Me llamaban para comunicarme la noticia. Ha sido espantoso oírlo. *(Luisa se ha levantado.)*

LUISA: ¿Qué lo han matado? ¿Cómo ha sido?

JUAN: *(Se pasa una mano por los ojos.)* Trató de escapar. Daba gritos por las noches en la celda. No podía estar encerrado allí. Me han dicho que daba miedo escucharle. Se escapó y empezó a dar gritos como un loco. Se pusieron a disparar contra él. Ya le habían alcanzado y aún seguía corriendo. Le dispararon más y cayó al suelo. Todavía se levantó. Le costó trabajo morir. Volvió a caer y aún hubo uno que le siguió disparando. Lo destrozaron. Este ha sido el fin de nuestro padre. *(Un tremendo silencio. Todos han quedado inmóviles. Jandro se echa a llorar.)*

TEO: *(Lo coge de los hombros y lo levanta.)* Cállate, Jandro. No llores. Eso es lo que quisiera él.

JANDRO: *(Aterrado.)* Déjame. Déjame. Me das miedo.

TEO: Pero ¿no os dais cuenta? Esta ha sido su venganza. ¿No os acordáis de lo que dijo? «Si alguno llegara a hablar, se arrepentiría. Los demás no podrían perdonárselo nunca. Ninguno de vosotros podría ser ya feliz». ¿No os acordáis? ¡Y se ha vengado! No es que quisiera escapar. Sabía de sobra que no podría escaparse. Tampoco es que saliera corrien-